

La democracia bajo las patas de los caballos

Daniel Gutiérrez Vera, Ph.D.

No es que el tema de la caracterización del régimen de Correa se haya convertido en tendencia en medios académicos y periodísticos, pero la interrogante “*anda nas cabeças, anda nas bocas*”, como dice una inolvidable canción de Chico Buarque de Hollanda. Con toda pertinencia, varios artículos periodísticos y ensayos académicos han planteado últimamente el asunto, aunque las respuestas que avanzan no siempre coinciden entre sí. Uno de los más sugerentes es el de Simón Pachano y Sergio García, connotados académicos. El artículo de ambos se denomina “Ecuador: un régimen híbrido” (2013), donde “híbrido” refiere a un régimen político que no es totalmente democrático, ni tampoco totalmente autoritario (p. 27).¹ Si cabe, el título del ensayo debió tal vez formularse como “El régimen de Rafael Correa, un híbrido político”, porque la reflexión de los autores no es acerca de la nación ecuatoriana –Ecuador, a secas- sino respecto a su régimen de gobierno. Pero admitamos el título tal cual, como licencia retórica de sus autores. Después de todo el poeta John Milton, en la hipálage que Borges gustaba citar, pudo decir “las lámparas estudiosas”, desplazando las cualidades de un sustantivo a otro: de los estudiosos a las lámparas; Pachano y García, por su parte, lo hacen del régimen a Ecuador. Vale por la figura literaria, aunque en conjunto el artículo está escrito como si de un informe técnico se tratara, poco atractivo para la lectura; sin embargo, para crédito de sus autores, es formalmente correcto y claro en los argumentos que presenta.

Hasta aquí todo bien. Pero en mi criterio el ensayo de marras se enmarca por completo en una concepción epistemológica muy discutible –para decirlo en tono menor- y no solo respecto a la democracia, sino a la política misma.

Solo en un mundo platónico podrían existir tipos o fenómenos políticos “puros”, esencias ideales, cuya combinación dé lugar a “regímenes híbridos” (¿también estériles?). La metáfora biológica a la que recurren Pachano y García no es feliz, aunque ostenta viejas credenciales en el pensamiento sociológico, a comenzar en Durkheim y en la lectura que Parsons y sus seguidores hicieron de su obra. En el caso de Simón Pachano, considerando no solo éste sino otros ensayos suyos, se puede decir que se alinea abiertamente con las concepciones funcionalistas del análisis social, las cuales presuponen un “modelo”, un “sistema”, que por definición debería comportarse de tal o cual manera. Cuando el “sistema” se aparta de ese esquema normativo, del “deber ser” que le dicta la teoría, es entonces “híbrido”, inadecuado, disfuncional –sus partes componentes pierden el balance, se contradicen entre si hasta trabar la maquinaria institucional, etc. Este dislate funcionalista que Pachano endosa es el paradigma teórico que identifica a determinada “ciencia” política norteamericana de

¹ Disponible en: http://campus.usal.es/~acpa/sites/default/files/semin_invest_simon_pachano_may-2013.pdf Visitado en Febrero 2014.

vocación empirista y utilitarista, adoptada con alegría por algunos investigadores latinoamericanos y europeos. *No wonder!*²

Pachano y García son coherentes con su platonismo al adscribirle a la democracia elementos substanciales (p. 2), aunque tal atribución contamina de idealismo el empirismo manifiesto en su trabajo. Ciertamente es que una democracia sin libertad de expresión ni derecho a la elección de los gobernantes es inconcebible; pero eso no impide que éstas y otras funciones y procedimientos se puedan insertar en regímenes políticos diversos y perversos, justamente por no ser consustanciales a ninguna forma política particular.

Por ejemplo, aunque no pueda existir democracia sin elecciones ni libertad, sí puede haber elecciones sin democracia. ¿Quién no sabe que los regímenes autoritarios –sin olvidar el de Hitler, ni el de los sempiternos Castro– se hacen refrendar una y otra vez en las urnas? Está claro que ganar elecciones (con o sin trampas) se ha convertido en la coartada ritual que les presta fachada democrática a corifeos despóticos, llámense Evo, Ortega, Rafael, Maduro, etc. Como “procedimiento” las elecciones no son esenciales ni suficientes para definir a una democracia. En cuanto a la libertad de expresión, en todo régimen abusivo gozan de ella los comparsas del gobierno, mientras que sobre la cabeza de sus críticos pende siempre una espada. Si no hay democracia sin libertad, es posible la libertad sin democracia, al menos para los privilegiados miembros de la *nomenklatura*. También, la “rendición de cuentas”, supuesto elemento sustantivo de la democracia según nuestros autores, no lo es, porque con poca o mucha habilidad los autoritarios la han convertido en sainete donde se cuentan cuentos o se insulta a los oponentes. Las odiosas “sabatinas” del Presidente Correa son un claro ejemplo de esto.

Estrictamente, no existe forma política que responda a una necesidad esencial contenida en sus términos. Ni las formas políticas son “causa” de las formas económicas y sociales, ni éstas son determinantes de la organización política. La conexión entre ambos órdenes es aleatoria, lo cual nos debería impedir sentar correlaciones espúrias de tipo “el magro rendimiento del sistema político, expresado en los bajos índices de crecimiento económico”, según escriben Pachano y García (p. 4): ni el “sistema político” rinde, ni se expresa en índices económicos.

En todo arreglo político factual (democrático o no) hay una dimensión de contingencia porque **lo político** –entendido en base a Lacan como falla estructural *real* en lo social– admite múltiples configuraciones en el nivel formal de **la política**, la cual resulta de “juegos de lenguaje” que incluyen prácticas discursivas y acciones mediante las cuales intentamos cerrar ese *gap* que torna precaria la vida en sociedad. De seguro, los juegos políticos son abiertos y creativos, porque la política nunca está cerrada ni completa: no hace “sistema” y por lo tanto, es indecidible. Si hay régimen político es porque se han emplazado una serie de *dispositivos* que nos permiten actuar y hablar de determinada manera, lo cual puede hacernos creer que hay un “sistema político y social” acabado.

Sin embargo, para que haya “juego político” tiene que haber reglas que se respeten, lo cual no es de ninguna manera la característica más notable del gobierno de Correa. Por

² Como es de rigor, Pachano y García remiten a los autores y trabajos que se amparan de esta concepción. En el caso del presente comentario, siendo una lectura acotada al ensayo de ambos, me dispense de duplicar la mención a dichos autores.

eso pienso que su gobierno es el de la antipolítica en un sentido fuerte y no una trivial “democracia lisiada”, de “baja calidad”, “populismo de izquierda”, “democracia iliberal”, etc. Todas estas denominaciones le hacen el favor gordo al régimen pues corren un velo sobre su verdadera condición. Un régimen cuyo *leitmotif* es el de la acumulación del poder por el poder mismo, represivo y controlador, carente de ética y respeto por sus opositores, que practica sistemáticamente la política del antagonismo y la confrontación, solo puede caracterizarse como fascismo, como uno de los tantos fascismos que en este mundo han sido. Convergamos en que el fascismo no es un cuerpo doctrinal, sino una pragmática política basada en la violencia, que se alimenta de ideas redentoristas y modernizadoras (“revolucionarias”). Así determinado, es posible entender que América Latina, ayer y hoy, haya sido pródiga en regímenes de este corte.³

A Pachano y García les sobra razón al entender que el de Correa, siendo un régimen abusivo, no es un totalitarismo, al menos no en el sentido de Hannah Arendt. En su lugar, plantear que es un gobierno autoritario equivale a lo sumo a describirlo subrayando uno de sus atributos más repudiables, pero eso no significa explicarlo o intentar entenderlo. Adjetivar al régimen no es una caracterización conceptual, aunque se apunte a sus rasgos distintivos.

En el punto medular de su ensayo, Pachano y García se entregan al esfuerzo cuestionable de acuñar (pseudo) variables para caracterizar la democracia, con vistas a evaluar su “calidad”. Las “dimensiones” que toman en consideración estos autores son siete:

- Estado de derecho;
- Rendición de cuentas electoral;
- Rendición de cuentas inter-institucional;
- Competencia política;
- Capacidad de respuesta del sistema político frente a las demandas de la población;
- Libertad;
- Equidad.

³ Para el profesor Héctor Schamis de Georgetown University, regímenes como los auto-titulados de la “nueva izquierda latinoamericana”, son regímenes que restauran el estalinismo. Según Schamis, se dicen de izquierda “pero son los mejores discípulos de Goebbels”.

http://internacional.elpais.com/internacional/2014/02/03/actualidad/1391443393_133795.html

Reflexionando sobre la dictadura fascista de Maduro-Diosdado en Venezuela, el colombiano Héctor Abad Faciolince en el diario El Espectador de Bogotá la pinta así: “Lo típico del fascismo es ser al mismo tiempo revolucionario y reaccionario. Nacionalista, anticapitalista y populista. Le gusta dividir a la sociedad entre amigos y enemigos, en buenos y malos, en fieles y traidores, valerosos y escuálidos. Característico es también que el fascismo apruebe un sistema electoral mayoritario, en el que basta una pequeña mayoría en la votación para obtener una gran mayoría en el parlamento. Típico es también que busquen el poder tirando piedra y al llegar al poder quieran prohibir o matar a los tirapiedras. Actúan como fascistas y acusan a sus contrincantes de ser fascistas. Protestar es legítimo, menos en la fascista Venezuela”. (“Quién es fascista?”, en El Espectador, Bogotá, edición del Domingo 16 de Feb de 2014. <http://www.elespectador.com/node/475272>, visitado el 16/02/2014)

... y estas dan lugar a “variables” cuyo peso ponderado permitiría establecer rangos y escalas de “calidad de la democracia”, además de que haría posible comparar la situación de varios países a este respecto.

Las “dimensiones” a las que hacen referencia Pachano y García pueden ser consideradas funciones útiles para una descripción impresionista de la democracia, cualidades no sustanciales de la misma si se prefiere, pero no “variables”. Una variable es una magnitud que se pesa y se mide, mientras que la democracia es un estado cualitativo que debe ser entendido en sus propios términos, de manera abstracta, no operacionalizado mediante fórceps matemático. La apariencia racionalista que prestan las estadísticas a este tipo de procedimiento no impide que lo político sea el dominio de las indomables pulsiones, no del cálculo de las sumas, restas y porcentajes. Aunque la aritmética pueda dar cuenta de cuántos ciudadanos votaron en las elecciones, no da cuenta de la democracia como fenómeno político.

En realidad, es redundante hablar de la “calidad de la democracia” tratándose de un estado cualitativo específico, pero eso no quiere decir que pueda ser tazado de “bueno” o “malo”. Esa es una valoración subjetiva que puede tener pertinencia en el ámbito de la opinión, no del análisis.

Por otra parte, es un sinsentido intentar “medir” la democracia. La democracia se tiene o no, ni es poca ni es mucha. Si se intentara medirla habría que suponer que en algún lugar del mundo existe un metro trazado en barra de platino que sienta el patrón que permite determinar la extensión de las democracias concretas, o una tabla periódica que establece el peso atómico de cada una. En el fondo, la democracia es una posición ética respecto a la política, no un haz condiciones supuestamente esenciales recogidas en una matriz.

Las instituciones democráticas pueden cambiar, adaptarse a nuevos tiempos y asumir nuevas funciones, pero en sí la democracia no se desarrolla, no va de menos a más. La democracia es o no es, de manera discreta, discontinua, no fraccionaria. Carece de substancia, es forma, y por eso “sus” elementos pueden insertarse en prácticas disímiles de gobierno, desde las abusivas a las más respetuosas del ciudadano y las instituciones.

Lo que sostienen Pachano y García es como plantear la “economía de la felicidad”, que en Ecuador tiene también sus adeptos. Ambas concepciones comparten la misma visión tecnocrática y cuantitativa a ultranza, que les presta una envoltura de “cientificidad” a argumentos que en realidad son vacíos. ¿Para cuándo una medición del deseo? ¿Qué tal un logaritmo del amor? Absurdo.

Pachano y García se inspiran de una concepción poliárquica de gobierno (*rest in peace Robert Dahl!*) que los autoriza acuñar falsas variables para “medir” la democracia. Pasan por alto que la democracia se refiere a los ciudadanos (no a los “muchos” de la poliarquía), unidos por un *lazo social* en el cual los agentes son oponentes agonistas y no enemigos antagónicos. Los agonistas actúan bajo un mismo régimen hegemónico, esto es, bajo parámetros culturales y simbólicos compartidos. Un régimen que no respeta ese marco de interacción no es que sea “híbrido”, simplemente no es democrático.

A quienes pretenden pesar y medir la democracia a fin de establecer su calidad, les recordaría el célebre aforismo 7 que cierra el *Tractatus* de Ludwig Wittgenstein: “De lo que no se puede hablar es mejor callarse”.